

AGENDA CIUDADANA

EL PROYECTO NACIONAL

Lorenzo Meyer

La Idea.- Un proyecto nacional efectivo puede ser resumido en una sola frase e incluso en una idea, aunque detrás de esa idea debe haber una gran historia. Esa historia puede ser real, un mito o una mezcla, pero en cualquier caso debe de poseer credibilidad así como un elemento de grandeza que despierte la imaginación de todo un pueblo o, al menos, de una buena parte de éste.

El proyecto de una nación no es otra cosa que el enunciado de un gran motivo que sirva de guía y razón de ser a la acción colectiva. La adopción y puesta en marcha de esa idea no garantiza para nada su éxito, pero incluso sí el objetivo no es alcanzado plenamente, puede determinar el futuro de toda una comunidad política. Como sea, la premisa básica es que la acción propuesta debe llevar al conjunto a un futuro cualitativamente superior.

Para ser efectivo, el proyecto de nación no puede pretender abiertamente lo imposible pero tampoco puede estar enteramente libre del elemento utópico. La gran idea debe corresponder a ese eslogan contradictorio y penetrante que apareció en un muro parisino en el 68: “seamos realistas, pidamos lo imposible”. En cualquier caso, una propuesta para mover a toda una nación siempre supone cambio, un esfuerzo significativo para ir más allá de la mera reforma de las inercias, un salto cualitativo.

Los Clásicos. En la época moderna, la gran idea, el plan que sería el modelo a seguir, fue producto de la evolución política europea en el Siglo de las Luces. La proclama adoptada por los revolucionarios franceses de “libertad, igualdad y fraternidad”, resultó ser la quintaesencia del proyecto francés en su etapa

revolucionaria. La divisa fue relegada cuando se gastó la fuerza original pero fue rescatada por los revolucionarios de 1848, finalmente se impuso bajo la III República y hoy es la base moral del violento reclamo de los jóvenes franceses de origen árabe y africano que no hace mucho incendiaron las calles de varias ciudades francesas.

El proyecto de país de la que es hoy la nación más exitosa en términos de poder, los Estados Unidos, tiene un origen complejo. Por un lado está la idea expresada en 1630 en el sermón de John Winthrop, que consideraba que las colonias inglesas de norteamericana estaban destinadas por Dios a ser una comunidad ejemplar: “The City Upon a Hill” (La ciudad en la cima de la montaña). Poco más de un siglo después, en 1776, y para cumplir con tamaño mandato, las colonias se declararon independientes de un monarca abusivo para poder ejercer plenamente su “derecho a la vida, a la libertad y el alcance de la felicidad”. En 1787 y tras una dura guerra contra los ingleses, la nueva nación se dio una constitución que en su párrafo inicial se propuso sentar las bases para lograr: “una unión más perfecta, establecer la justicia, afirmar la tranquilidad interior, proveer la defensa común, promover el bienestar general y asegurar...los beneficios de la libertad”. No pasó mucho antes que ese plan incorporara en 1823 las ideas de la “Doctrina Monroe” (limitar, en nombre de la libertad, la libertad de acción de Europa en el Continente Americano) y en 1845 las del “Destino manifiesto”, donde se legitimó la extensión de la influencia de Estados Unidos – que se supuso siempre benéfica- sobre otras sociedades como parte del gran proyecto divino. Y así llegamos hasta hoy, donde la última variante es la propuesta de 1999 de la Comisión de Seguridad Nacional para el Siglo 21 que formula la

manera de lograr que Estados Unidos “permanezca como el principal poder militar en el mundo”.

Que los proyectos francés y norteamericano ha sido una fuente de energía para ambas sociedades no hay duda, aunque los efectos de ambos sobre el resto del mundo presentan claroscuros. En contraste, están los ejemplos de aquellos grandes proyectos contemporáneos que efectivamente inyectaron gran energía a ciertas sociedades pero que terminaron en desastres de magnitud monumental, para ellas y para el resto del mundo. Ahí está la propuesta de Benito Mussolini de devolver a Italia su antigua grandeza romana, la de Japón de dar forma a una zona de “coprosperidad” asiática, la de Adolfo Hitler de crear en Alemania el “Reich de los mil años”, la de los bolcheviques de hacer de Rusia la patria del socialismo y la avanzada de la futura sociedad donde se aboliría la explotación del hombre por el hombre. Y en esta lista no puede faltar el más modesto proyecto de Francisco Franco de restaurar a sangre y fuego los valores tradicionales de la “España eterna”. En fin, los ejemplos peligrosos y fallidos muestran los peligros del concepto.

Breve Historia de Nuestros Proyectos. El Siglo XIX. Que los aztecas tenían el equivalente a un gran proyecto, ni duda, pero ese ya nada nos dice. En realidad, el primer plan mexicano relevante surge antes de que México sea una nación: se trata de los 23 puntos enumerados por José María Morelos el 14 de septiembre de 1813 en sus “Sentimientos de la nación”: la independencia es la condición necesaria para sustituir un gobierno tiránico por otro que de forma a un orden político capaz de moderar la opulencia y la indigencia, que proscriba la esclavitud y la distinción de castas al punto que lo único que distinga a un americano de otro

sea “el vicio y la virtud” y que quite “la infinidad de tributos” que oprimen e impiden la buena administración. El plan de independencia del 24 de febrero de 1821 signado por Iturbide es el resultado de una guerra brutal, y es por ello que propone en términos grandilocuentes el establecimiento de una monarquía independiente en donde los antiguos adversarios y todos los grupos -españoles, criollos, mestizos e indios- vivan como iguales en un nuevo marco constitucional que aseguraría la felicidad y prosperidad de todos. ¡Así de simple!

La llaneza de forma y el sustento histórico de fondo de los “sentimientos” de Morelos no habría de caracterizar a la mayoría de los muchos planes que tapizaron al siglo XIX mexicano. Los grupos que finalmente cristalizaron en “conservadores” y “liberales” le propusieron a México dos futuros: los primeros, uno que preservara el grueso de los valores e instituciones heredadas de la época colonial; los segundos un cambio de fondo para dar forma a un México enteramente compatible con la modernidad del capitalismo liberal dominante en el sistema mundial. Ambos ilusionaron a una parte de la élite pero no lograron realmente despertar la imaginación de la mayoría. Finalmente triunfó el liberal y la mayoría lo aceptó, pero sin mucha convicción y poca emoción.

El Siglo XX. El Plan de San Luis Potosí firmado por Francisco Madero se centró en la idea de restituir la legalidad y hacer realidad la voluntad de la nación mediante el sufragio efectivo, aunque abrió la posibilidad de corregir los abusos provocados por la ley de terrenos baldíos contra propietarios indígenas. Esta vez la sola posibilidad de cambio tras tres decenios de dictadura, despertaron un entusiasmo tal que en meses se acabó con el antiguo régimen. De los proyectos que siguieron, el de mayor consecuencia en el largo plazo fue el firmado el 25 de

noviembre de 1911 por Emiliano Zapata y sus seguidores: el Plan Libertador de los Hijos del Estado de Morelos o Plan de Ayala. Aquí la idea central no era la restitución de la legalidad sino el de la justicia sustantiva: un pueblo dueño sólo “del terreno que pisa” debería serlo de toda la tierra que necesitase para su sustento. Zapata fue asesinado pero su proyecto se hizo realidad más rápida y profundamente que el “sufragio efectivo” de Madero. A los anteriores siguieron muchos otros planes, pero ninguno los igualó ni, mucho menos, los superó.

El Presente. En la posrevolución destacan dos esquemas para el futuro: el de la industrialización de los 1940 y el neoliberal de mediados de 1980 e inicios de 1990. Este último sigue formalmente vigente, pero es obvio que ya sólo despierta entusiasmo en círculos muy pequeños y específicos de empresarios, funcionarios y tecnócratas.

Un proyecto efectivo para el futuro de México debe de contar con, al menos, dos características. La primera, estar bien plantado en la experiencia histórica y abordar sus cuatro grandes temas no resueltos: crecimiento económico orientado a la creación de empleo, justicia efectiva, estructura social equitativa y soberanía. La segunda, un liderazgo capaz y creíble. Si finalmente todo proyecto de futuro es resultado de una crisis, no toda crisis desemboca en un proyecto. De hace tiempo México vive una crisis económica, política y moral, sería imperdonable no intentar ya la nueva gran idea.